

#### LECCION IV.

##### ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO (SIGLO I, CONTINUACION).

Vida, misiones y martirio de san Andrés,—de Santiago el Mayor.—Juicio de Dios sobre Agripa, primer rey perseguidor de la Iglesia. —Vida, misiones y martirio de san Juan Evangelista,—de santo Tomás,—de Santiago el Menor,—de san Felipe,—de san Bartolomé,—de san Mateo,—de san Simon,—de san Judas,—de san Matías,—de san Marcos y de san Lucas.

La leccion anterior nos ha puesto á la vista la rápida historia de san Pedro y san Pablo y ésta nos va á bosquejar las expediciones y victorias de los demás conquistadores evangélicos. El primero de quien vamos á hablar es san Andrés: hermano de san Pedro, tuvo la gloria de llevar al Salvador al que debia ser el Jefe de la Iglesia universal. Despues de la ascension, dirigió sus pasos hácia la Escitia, recorrió la Grecia y el Ponto, y volvió en seguida hácia el Norte. Los moscovitas están en la persuasion de que san Andrés llevó la fe á su país hasta las fronteras de Polonia. Finalmente se dirigió á la ciudad de Patras en Acaya, donde dió su sangre por Jesucristo en un suplicio semejante al de su hermano y al de su divino Maestro, pues como ellos fué crucificado. La tradicion nos dice que la cruz de san Andrés estaba formada con dos piezas de madera que se cruzaban oblicuamente por el medio, y representaba la figura de una X.

Desde el instante que vió á lo léjos el instrumento de su suplicio, el santo Apóstol exclamó en un transporte de alegría: «Salve, cruz preciosa, que fuiste consagrada por el cuerpo de mi Dios y adornada con sus miembros como de piedras preciosas. ¡Cruz saludable! recíbeme en tus brazos; hace mucho tiempo que te busco; dignese recibirme por tí el que se sirvió de tí para rescatarme.» Las reliquias del Santo descansan ahora en Italia, en la catedral de Amalfi<sup>1</sup>. ¡Quiera Dios que su amor hácia la cruz reine en todas las partes donde hay cristianos!

<sup>1</sup> Véase Ughelli, *Ital. sacr.* t. VII.

Hé aquí un nuevo conquistador y un nuevo testigo de la fe que tenemos la dicha de profesar:

Santiago, hijo de Zebedeo y de Salomé, era hermano de san Juan Evangelista y próximo pariente del Salvador. Se le da el sobrenombre de *Mayor* para distinguirle del Apóstol del mismo nombre que fué obispo de Jerusalem, y que tiene el sobrenombre de *Menor*, ya porque fué llamado al apostolado despues de Santiago el mayor, ya porque era de pequeña estatura, ya, en fin, á causa de su juventud. Salomé, madre de Santiago el mayor y de san Juan, se llamaba también Maria, y era prima hermana de la Virgen santísima.

Santiago nació en Galilea, y era pescador de oficio como su padre y su hermano. Despues de la ascension del Salvador, se apresuró como los demás Apóstoles á desmontar el vasto campo que le habia cabido en herencia; leemos que predicó el Evangelio á las doce tribus de Israel, dispersas en diversos lugares de la tierra, y que llevó la antorcha de la fe hasta á España<sup>1</sup>, de donde volvió á Jerusalem cargado con los despojos del infierno, y no esperó mucho tiempo el día de su triunfo.

Agripa, nieto de Herodes, habia sido educado en Roma bajo el reinado de Tiberio, y habia conocido á Calígula y merecido la confianza de este Príncipe lisonjeando bajamente sus pasiones. Apenas llegó Calígula al imperio, dió á Agripa el título de rey de los judíos para manifestarle su aprecio, y el nuevo Soberano se apresuró á ir á tomar posesion de sus Estados. Afectando un gran celo por la ley de Moisés, suscitó una persecucion sangrienta contra los discipulos de Jesús, con la seguridad de granjearse de este modo el corazon de los judíos; aprovechóse, pues, del viaje que hizo de Cesarea á Jerusalem, con el designio de celebrar la fiesta de Pascua del año 43, y para manifestarles el deseo que abrigaba de complacerles. Santiago fué la primera víctima de su política; habiendo mandado que le prendieran algunos dias antes de la solemnidad, le sentenció á cortarle la cabeza, lo cual se ejecutó.

Eusebio cuenta, segun Clemente de Alejandria, que el denunciador del santo Apóstol quedó tan sorprendido al ver su valor y su constancia, que se declaró también cristiano, y fué condenado al mismo tiempo á ser decapitado. Cuando le llevaban al suplicio con Santia-

<sup>1</sup> Tal es la tradicion de la Iglesia de España, apoyada en la autoridad de san Isidoro de Sevilla, etc.

go, le pidió perdon por haberle entregado de aquel modo á sus verdugos. El Apóstol volvió á su lado y le dijo abrazándole: «La paz sea contigo.» Los dos recibieron la muerte en el mismo sitio<sup>1</sup>. Santiago el mayor es el primero de los Apóstoles que padeció el martirio. La Iglesia, al perder en la tierra una de las grandes columnas sobre las cuales estaba particularmente apoyada, no permaneció menos firme, para que sus enemigos se convenciesen de que está establecida, no sobre los hombres, sino sobre la omnipotencia de Dios.

Santiago conservó una virginidad perpetua; no comia carne ni pescado, y solo llevaba una túnica y una simple capa de lino<sup>2</sup>. Su cuerpo fué enterrado en Jerusalem, pero poco tiempo despues sus discipulos le trasladaron á España, y actualmente descansa en la catedral de Compostela en Galicia, que es una de las mas célebres peregrinaciones del mundo católico.

Agripa, que hizo morir al santo Apóstol, es el primer rey perseguidor de la Iglesia. En él principia la formidable historia de la justicia de Dios sobre todos los que se han atrevido á alzarse contra el Señor y contra su Cristo, porque los reyes son criados y puestos en el mundo para conocer, amar y servir á Jesucristo, cordero dominador del mundo: tal es la condicion inmutable de su gloria, de su dicha y de su misma existencia. Si la infringen, son infaliblemente heridos por ejemplares castigos. La rigurosa precision con que se ejecuta esta ley hace diez y ocho siglos no es la menor de las pruebas de la divinidad del Cristianismo, y ella contesta victoriosamente á la indiferencia impia de nuestros dias, que considera al parecer á Jesucristo como á un monarca destronado que no merece ya temor, obediencia ni respeto, al mismo tiempo que demuestra notablemente el cuidado que el divino Pastor se toma desde lo alto del cielo de su rebaño querido.

Ya habeis visto que Herodes y Pilatos murieron miserablemente; Agripa, manchado con la sangre de un apóstol de Jesucristo, tardó poco en sentir los efectos de la venganza divina. Despues de la fiesta de Pascua, regresó á Cesarea con el designio de dar juegos públicos en honor del emperador Claudio, á donde le siguió un numeroso cortejo de personas de consideracion. El segundo dia de las fiestas se presentó en el teatro con una vestidura tejida en plata, en la

<sup>1</sup> Eusebio, lib. II, c. 9.

<sup>2</sup> S. Epiphani. epist. XVIII, c. 14.

que el arte sobrepujaba á la riqueza, y brillaba con nuevo esplendor con los rayos del sol que reflejándose en ella deslumbraban á los espectadores. Estos por su parte manifestaban una especie de respeto que rayaba en adoracion. Habiendo Agripa pronunciado un discurso, los aduladores que rodean por lo comun á los principes hicieron oír aclamaciones reiteradas: «No es la voz de un hombre, exclamaron, sino la de un dios.» Embriagado el Príncipe con estas alabanzas impias, olvidó que era mortal; pero en el mismo instante le hirió el Angel del Señor, y sintió dolores de entrañas tan violentos, que no los podia soportar. Despues de haber padecido cinco dias sin que los médicos pudieran dulcificar en lo mas mínimo su mal, ni impedir que los gusanos lo devorasen vivo, espiró en medio de padecimientos imposibles de imaginar y mucho menos de expresar. Justicia de Dios: traslado á los perseguidores.

San Juan Evangelista ocupa el quinto lugar entre los doce pescadores de hombres que apartaron el universo del abismo de la idolatría. El mas jóven de los Apóstoles, vírgen de cuerpo y de corazon, san Juan, fué el discípulo amado del Salvador; asistió con Pedro y Santiago al espectáculo glorioso del Tabor, y mas adelante á la agonia de Jesús en el huerto de Gethsemaní; pero él solo, entre todos los Apóstoles, tuvo la dicha inefable de reposar durante la última cena sobre el seno adorable del Hombre-Dios; él solo le siguió al Calvario, y solo él con María fué nombrado desde lo alto de la cruz en el testamento del Salvador. En recompensa de su amor y de su fidelidad constante, Jesús le confió el cuidado de su augusta Madre.

Despues de la ascension del divino Maestro, Juan predicó el Evangelio en la Judea y la Samaria. Cuando llegó el momento de llevar á los gentiles la antorcha sagrada, al Discípulo amado le tocó en suerte para su mision el vasto pais ocupado por los partos<sup>1</sup>. Este pueblo famoso era el único que disputaba entonces á los romanos el imperio del mundo. No ha quedado en la historia huella alguna de las maravillas que hizo san Juan por la salvacion de aquella nacion, y únicamente sabemos que volvió al Asia Menor y que se fijó en la ciudad de Éfeso, donde vivia con él la Virgen santísima. El Apóstol amado tenia á su cargo el gobierno de todas las ciudades del Asia, y gozaba de gran reputacion, tanto á causa de su eminente digni-

<sup>1</sup> Baron. ad ann. 44; S. Aug. *Quest. evang.* lib. II, c. 39; y Estio. in *Joan.*, pag. 1230.

dad, como por sus virtudes y milagros. Domiciano le mandó prender, y fué llevado á Roma el año 95 de Jesucristo; compareció delante del Emperador, quien léjos de enternecerse con el aspecto de aquel anciano venerable, tuvo la barbarie de mandar que le arrojaran en una caldera de aceite hirviendo<sup>1</sup>. Grande fué la alegría del Santo cuando oyó pronunciar su sentencia: ¡ardía en un deseo tan ferviente de ir al lado de su divino Maestro y pagarle amor con amor! Pero Dios se contentó con esta disposicion, concediéndole sin embargo el mérito y la honra del martirio; suspendió la actividad del fuego, y le conservó la vida, como la habia conservado en otro tiempo á los tres mancebos en el horno de Babilonia. El aceite hirviendo se convirtió para él en un baño refrigerante, y salió de él mas fuerte y vigoroso que habia entrado.

Asombró al tirano este suceso, y no atreviéndose á dar muerte al Santo, se contentó con desterrarle á la isla de Patmos<sup>2</sup> á trabajar en las minas. Allí es donde mártir, apóstol y profeta de la Ley nueva, san Juan escribió su Apocalipsis. La palabra Apocalipsis significa revelacion; el Salvador da á conocer en ella á su virgen discípulo lo que ha de suceder al fin de los siglos, así como las maravillas de la Jerusalem celestial, conocidas únicamente hasta entonces de los Angeles, pues tanto se complace nuestro Dios en comunicarse á los corazones puros. Condenado al destierro y al rudo trabajo de las minas en una edad muy avanzada, san Juan esperaba que pronto veria terminar su vida con el martirio; pero su divino Maestro le quitó esta esperanza.

Habiendo sido asesinado Domiciano el año siguiente, Nerva, adornado de excelentes cualidades y de un carácter naturalmente pacífico, fué elevado al imperio, y san Juan consiguió la libertad de regresar á Éfeso. Tenia á la sazón cerca de ochenta y dos años de edad, pero su extrema vejez no le impedía ir á las provincias vecinas, ya para ordenar obispos, ya para formar nuevas cristiandades. Así pues, gobernaba como antes todas las iglesias de Asia, y uno de los que ordenó en los últimos años de su gloriosa carrera fué el gran Policarpo, á quien instituyó obispo de Esmirna<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Tertul. *De Præscrip.* c. 35.—Existe aun en el dia una capilla erigida en el lugar del martirio, cerca de la Puerta Latina.

<sup>2</sup> Una de las islas Sporades, situadas en el mar Egeo ó el Archipiélago.

<sup>3</sup> Tertul. *De Præscrip.* c. 32.

Por la misma época se manifestó tal como era el corazón del Discípulo amado. Habiendo ido el santo anciano á una ciudad inmediata á Éfeso<sup>1</sup> llamó al obispo, y en presencia de todo el pueblo le presentó un jóven que á las gracias corporales reunia un natural vivo y ardiente. Os recomiendo á este jóven, le dijo, en cuanto me es posible, y os le doy en depósito en presencia de Jesucristo y de la Iglesia. El obispo prometió tener cuidado de él; pero muy pronto descuidó su promesa, y el jóven viviendo en una excesiva libertad se corrompió con el trato de las personas de su edad. Arrebatado por el ardor de su natural, como un caballo fogoso que rompe las riendas, bien pronto sobrepujó á sus compañeros; y poniéndose á su cabeza, formó una cuadrilla de bandidos, y nadie era mas violento, mas cruel y mas temible que él.

Algunos negocios obligaron en tanto al Apóstol á volver á la misma ciudad, y despues de arreglarlos, llamó al obispo y le dijo: Devolvedme el depósito que Jesucristo y yo os hemos confiado en presencia de la Iglesia que presidís. El obispo quedó asombrado. Os vuelvo á pedir, añadió el Apóstol, el jóven, el alma de vuestro hermano que os he confiado. El obispo, bajando los ojos, le dijo llorando: ¡Ha muerto! ¿Cómo? replicó el santo anciano, ¿de qué género de muerte? Ha muerto para Dios, respondió el obispo, se ha hecho un malvado, un perverso, y por decirlo todo, un ladron. En vez de estar aquí en la iglesia, se ha apoderado de un monte, donde se halla con una cuadrilla de bandidos como él.

Al oír estas palabras el Apóstol desgarró sus vestiduras, y exhalando un profundo suspiro, le dijo golpeándose la cabeza: ¿Será cierto que habeis sido un infiel custodia del alma de vuestro hermano? Que me traigan un caballo y me den un guia. Y no prescindiendo oídos mas que á su caridad, el venerable anciano monta á caballo y se dirige al monte indicado. Pronto le detienen los centinelas de los bandidos; pero en vez de huir y de pedirles la vida, exclama en alta voz: He venido para que me prendiérais; llevadme á la presencia de vuestro capitán. Y le conducen ante el jóven que le espera con las armas en la mano. Reconoce éste al momento á san Juan y lleno de terror emprende la fuga. El Santo olvida su debilidad y sus muchos años para correr tras él con todas sus fuerzas gritando:

« ¡Hijo mio! ¡hijo mio! ¿por qué huyes de mí? ¿por qué huyes

<sup>1</sup> S. Chrys. ad Th.; Baron. lib. I, c. 98; Eusebio, lib. III, c. 23.

«de tu padre? ¿qué temes de un anciano débil y sin armas? ¡Hijo «mio! ten piedad de mí; no temas, que hay para ti esperanza de «salvacion. Yo responderé por ti á Jesucristo, yo padeceré muy gus- «toso por ti la muerte, yo daré mi alma por la tuya. Detente, créeme; Jesucristo me envia hácia ti.»

El jóven no pudo resistir á tan tiernas palabras, se detuvo, arrojó sus armas, y bajando los ojos prorumpió en copioso llanto. Cuando vió que el santo anciano se acercaba, fué á abrazarle y le bañó con sus lágrimas; pero tenia cuidado de esconder su diestra, porque estaba manchada con una multitud de crímenes. El santo Apóstol le estrechó contra su corazon, le aseguró nuevamente y con juramento que le alcanzaria del Salvador el perdón de sus pecados, y hasta se puso de rodillas delante de él, tomándole, con una bondad imposible de admirar bastante, la mano derecha que ocultaba, y besándola como manifestándole que estaba purificada ya con las lágrimas de la penitencia.

El buen pastor, glorioso con su conquista, volvió al redil aquella oveja extraviada, y la presentó á la asamblea de los fieles. Ni se contentó con esto, pues ofreció á Dios continuas oraciones por aquel jóven, se mortificó con él, le suavizó el corazon con diversas palabras de la Escritura, como por un santo encanto, y no se separó de él hasta haberle restablecido en la Iglesia por medio de la absolucion de sus pecados y la participacion de los Sacramentos.

San Juan escribió tambien su Evangelio en la ciudad de Éfeso, despues de su regreso de Patmos, y lo hizo á ruegos de sus discipulos, de casi todas las iglesias de Asia y de todos los fieles de las provincias vecinas, que fueron á suplicarle que diera por escrito un testimonio auténtico de la verdad. Antes de principiarlo ayunó é hizo oraciones públicas, y despues de una revelacion profunda, pronunció las primeras palabras <sup>1</sup>: *En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*, etc. Los demás Evangelistas habian dado á conocer la humanidad del Salvador, mas san Juan nos revela su divinidad; tal es su principal objeto.

El Apóstol amado escribió tambien tres epístolas que conservamos, y son dignas del discípulo predilecto del que es todo amor. Dios permitió que san Juan llegara á una avanzada edad para que se consolidase la obra evangélica; reducido por causa de su extrema ve-

<sup>1</sup> Véase Tillemont, t. I.

jez á no poder ir á la iglesia, le conducian á ella sus discípulos, y no teniendo fuerzas para pronunciar largos discursos, solo decia al pueblo en todas las asambleas estas breves palabras: «Hijos queridos, amaos unos á otros.» Como se fastidiasen de oírle repetir siempre lo mismo, les dió esta respuesta verdaderamente digna del Apóstol del amor: «Es el mandamiento del Señor; con tal que se cumpla, «esto basta <sup>1</sup>.»

Su vejez no era triste ni angustiosa, y queria que se entregasen á inocentes diversiones, de que él mismo daba ejemplo. Un dia en que estaba entreteniéndose en acariciar una perdiz domesticada, le vió un cazador que se asombró al parecer de que tan grande hombre se rebajase á tal pasatiempo. «¿Qué teneis en la mano? le dijo «san Juan.—Un arco, le respondió el cazador.—¿Por qué no llevais siempre la cuerda tirante?—Porque perderia su fuerza.—«Pues bien, añadió el santo Apóstol, por la misma razon doy alguna tregua á mi espíritu.» Cuando llegó, por fin, á los cien años, entregó su hermosa alma en brazos de Aquel en cuyo seno habia tenido la dicha de reclinarse. Fué sepultado en Éfeso.

El sexto conquistador evangélico es santo Tomás, que como los demás de quienes hemos hablado era judío de nacimiento, y es aquel á quien el Salvador resucitado permitió que pusiese su mano en la abertura de sus heridas. Despues de la ascension partió á Oriente y llevó el Evangelio á Persia, á Etiopia y á la India <sup>2</sup>, donde selló con su sangre la doctrina que habia predicado. Se ignora á punto fijo el lugar y el año de su martirio, y únicamente se sabe que su cuerpo fué trasladado posteriormente á Edesa, ciudad célebre de Mesopotamia <sup>3</sup>, donde por muchos años fué objeto de singular devocion. Nada debe admirarnos este culto, cuando se reflexiona que somos deudores de la ventaja de conocer el Evangelio y de ser cristianos á los esfuerzos y padecimientos de los Apóstoles.

El séptimo es Santiago el *Menor*: era hijo de Alfeo y de María, próxima parienta de la Virgen santísima. San Jerónimo y san Epifanio nos dicen que el Salvador le encomendó en el momento de su ascension la iglesia de Jerusalem, y que por consiguiente los Apóstoles le nombraron obispo de esta ciudad cuando se dispersaron para

<sup>1</sup> S. Hier. *in epist. ad Gal.* lib. III, c. 6.

<sup>2</sup> S. Chrys. t. VI, homil. XXXI; Baron. 44.

<sup>3</sup> San Gregorio de Tours, *Gloria martyrum*, c. 32.

ir á predicar el Evangelio. El santo Obispo de Jerusalem obligó á los judíos á que le respetasen á pesar del encarnizamiento con que perseguian á los cristianos. Por los años de 59 escribió la epístola que lleva su nombre, y que tiene el título de *católica ó universal*, porque no fué dirigida á una iglesia particular, sino á todos los judíos convertidos que se hallaban esparcidos por todo el universo. El Apóstol refuta en ella á ciertos falsos doctores que enseñaban que la fe bastaba por sí sola para la justificación, y que por esta razón eran inútiles las buenas obras; da también excelentes reglas para llevar una vida santa, y exhorta á los fieles á recibir en sus enfermedades el sacramento de la Extremaunción.

Habiendo burlado san Pablo en la misma época con su apelación al Emperador los perversos designios de los judíos, resolvieron éstos descargar todo su encono sobre el santo Obispo de Jerusalem. El sumo pontífice Anano, digno hijo del famoso Anás de quien se habla en el Evangelio, convocó el Sinedrio, é hizo comparecer á Santiago con otros varios cristianos. Acusaron al Apóstol de haber infringido la ley de Moisés, y le condenaron á ser apedreado. Antes de entregarle al pueblo, le llevaron á lo alto del templo exigiéndole que renegase allí de su fe, de modo que todo el pueblo oyese su voz. Este será, le dijeron, el medio de desengañar á los que has seducido. El Santo, en vez de hacer lo que exigian, empezó á confesar á Jesucristo del modo mas solemne. Los Escribas y Fariseos llenos de ira exclamaron: ¡Cómo! ¿así se extravía el hombre justo? Y subieron precipitadamente al lugar donde estaba, y desde allí le precipitaron.

Santiago no murió de la caída, aun tuvo fuerzas para arrodillarse, y en este ademán alzó al cielo los ojos y rogó á Dios que perdonase á sus asesinos, diciendo como su divino Maestro: No saben lo que hacen. El populacho le arrojó una nube de piedras, hasta que un batanero le acabó de matar descargándole en la cabeza un golpe con una palanca de las que le servian para batanar el paño. Sucedió esto el día de Pascua, el 10 de abril del año 61 de Jesucristo<sup>1</sup>. Era tal la opinión que los judíos tenían de su santidad, que atribuyeron á su muerte injusta la destrucción de Jerusalem<sup>2</sup>.

El octavo conquistador evangélico es san Felipe. Este nuevo Após-

<sup>1</sup> Eusebio, pág. 64.

<sup>2</sup> Josefo, *Antiq.* lib. XX, c. 8.

tol era de Bethsaida de Galilea, y fué uno de los primeros discípulos del Salvador. Cuando los doce pescadores de hombres se dispersaron por todas las partes del mundo despues de la venida del Espíritu Santo, san Felipe partió á las dos Frigias, donde el glorioso vencedor del Gentilismo gozó mucho tiempo del fruto de su victoria, pues san Policarpo, que no se convirtió hasta el año 80 de nuestro Señor, tuvo por algun tiempo la dicha de platicar con él. Fué sepultado en la ciudad de Hierápolis de Frigia, y mas de una vez se creyó esta ciudad deudora de su conservación á los milagros continuos que se obraban por virtud de su santo Apóstol.

El noveno es san Bartolomé: galileo de nacimiento, fué puesto por el mismo Salvador en el número de los Apóstoles, y cuando sus compañeros, al salir del Cenáculo, se dirigian unos hácia el Occidente, y otros hácia el Mediodía y el Norte, san Bartolomé se propuso recorrer las comarcas mas bárbaras del Oriente, y penetró hasta los confines de las Indias<sup>1</sup>. Los antiguos entendian algunas veces bajo este nombre no solamente la Arabia y la Persia, sino también la India propiamente dicha. En efecto, hablan de los bracmanes de este país, famosos en el universo por su pretendido conocimiento de la filosofía y por sus misterios supersticiosos. Cuando san Pantenes fué en el principio del siglo III á las Indias para refutar á los bracmanes, halló entre ellos vestigios del Cristianismo, le enseñaron una copia del Evangelio de san Mateo en hebreo, que le aseguraron habia llevado á aquellas comarcas san Bartolomé cuando plantó en ellas la fe<sup>2</sup>.

El santo Apóstol volvió á los países situados al Noroeste del Asia, y vió á san Felipe en Hierápolis de Frigia; de allí se dirigió á Liccaonia, dondó, segun afirma san Crisóstomo, enseñó á los pueblos la religion cristiana, y finalmente penetró en la Grande Armenia para predicar la fe á una nacion tenazmente adherida á las supersticiones de la idolatría, y recibió allí la corona del martirio<sup>3</sup>. Los historiadores griegos y latinos están acordes en decir que fué crucificado y desollado vivo. La reunion de estos dos suplicios era usada no solamente en Egipto, sino hasta entre los persas, y los armenios podian haber imitado de estos dos últimos pueblos vecinos suyos se-

<sup>1</sup> Eusebio, lib. V, c. 10.

<sup>2</sup> Eusebio, pág. 175.

<sup>3</sup> San Gregorio de Tours, lib. I, c. 34.